

COLUMNA >

Una historia

“De mi sangre” se dice, a menudo con voz ronca, para nombrar al hijo; “romper la sangre”, gritando en la puerta de un cementerio, para señalar la traición

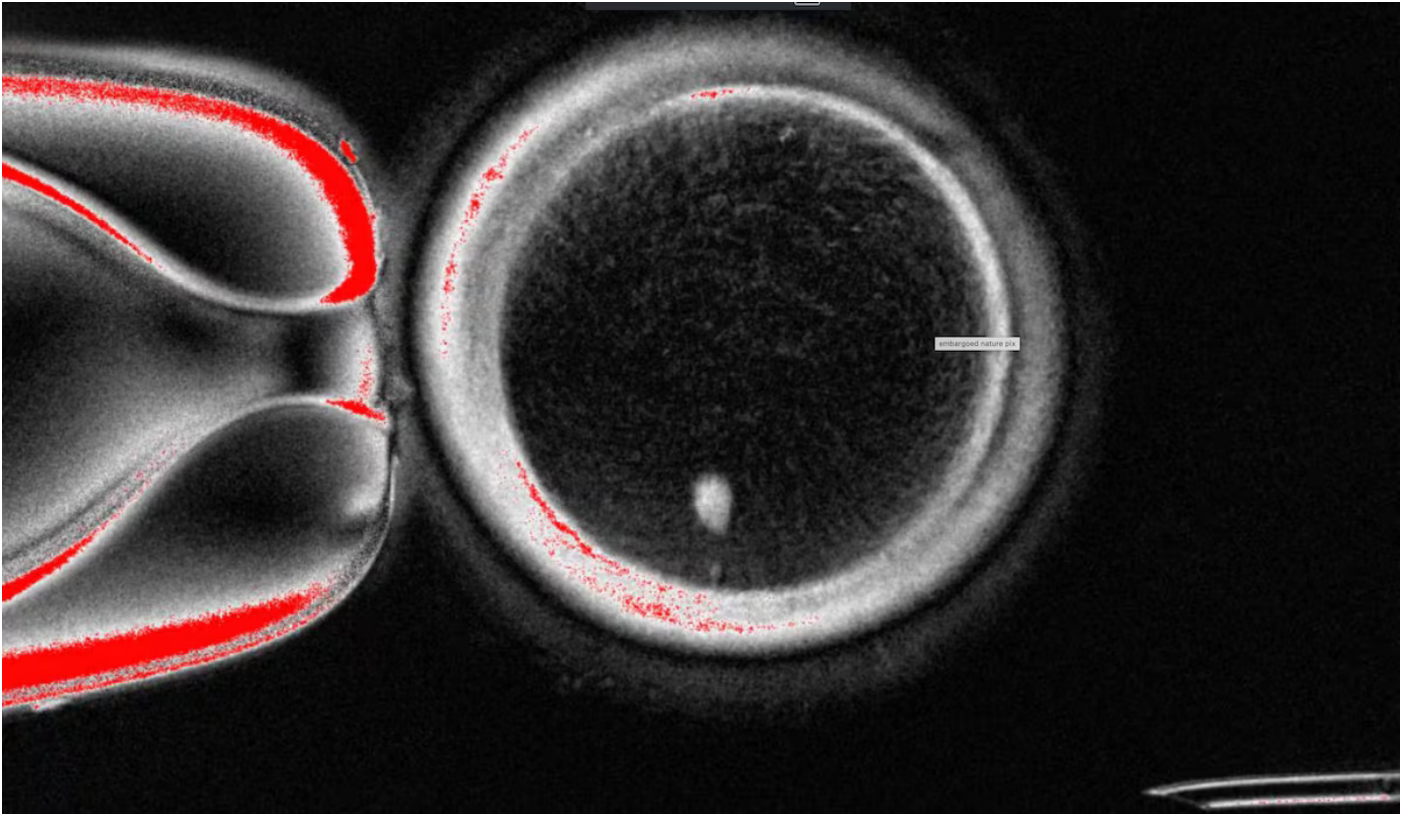


Imagen del óvulo reconstruido a partir de células de piel inmediatamente antes de ser fecundado.

AP



MANUEL JABOIS

01 OCT 2025 - 05:30 CEST

🔗 f X 🦋 in 🔗 23 🗨

Últimas noticias sobre el ADN: [crean óvulos humanos fecundables a partir de células de la piel](#). Un estudio preliminar abre la puerta a que mujeres infértiles y [parejas homosexuales](#) tengan hijos con carga genética propia. Durante siglos, la sangre ha funcionado como metáfora de pertenencia. “De mi sangre” se dice, a menudo con voz ronca, para nombrar al hijo; “romper

la sangre”, gritando en la puerta de un cementerio, para señalar la traición. El ADN heredó esa carga simbólica: la ciencia lo convirtió en garantía de identidad. La vida sobrepasa luego lo genético: el idioma aprendido, los gestos que imitamos de otros, la suerte. Gemelos idénticos acaban siendo universos distintos; extraños sin parentesco se reconocen ruidosamente como hermanos. Conocer la información genética de un niño [puede anticipar riesgos médicos](#) y permite diseñar mejores tratamientos.

En otro orden, más relacionado con la vanidad, para muchos padres saber que un hijo lleva su sangre le proporciona una curiosa emoción de pertenencia: reconocer un gesto, una mirada o un rasgo físico refuerza el vínculo (en otras ocasiones también lo espanta). Esa idea de herencia biológica sigue teniendo fuerza cultural, también en sociedades donde la adopción y las familias diversas están más presentes. Y [el ADN, también, define derechos de herencia](#), custodias. En tribunales y registros civiles, la biología tiene un peso impresionante: el ADN no sólo habla de biología, sino también de estatuto jurídico.

Pero más allá de todo eso, no está de más recordar una verdad tonta: [un hijo no se reduce a su genética](#). La educación, el entorno, los afectos y las oportunidades influyen tanto o más que el código heredado. La biotecnología estira ahora los límites: fabricar óvulos de la piel, editar embriones, manipular herencias. ¿Qué pesa más, compartir una secuencia de nucleótidos o compartir una historia de crianza? ¿Qué significa ser madre, padre, hijo, cuando la genética ya no es destino sino opción? La ciencia nos ofrece la materia prima; la cultura, el relato. La pregunta, al final, nos la hacemos nosotros mismos: ¿queremos seguir creyendo que somos “nuestra sangre” o aceptar que también somos —y sobre todo somos — nuestra historia?

SOBRE LA FIRMA



Manuel Jaboís

Es de Sanxenxo (Pontevedra) y aprendió el oficio de escribir en el periodismo local gracias a Diario de Pontevedra. Ha trabajado en El Mundo y Onda Cero. Colabora a diario en la Cadena Ser. Su última novela es 'Mirafiori' (2023). En EL PAÍS firma reportajes, crónicas, entrevistas y columnas.